



DECIMAS GLOSADAS,

DISCRETAS Y DIVERTIDAS, DE UN AMANTE APASIONADO.

*Decidme, estrellas del cielo,
¿dónde está la prenda mia,
que la busco y no la hallo
todas las horas del día?*

*Dime tú, luna preciosa,
que á todo el mundo iluminas,
y que eres la luz divina,
la mas bella mariposa;
aquella azucena hermosa
por quien vivo y por quien muero,
aquel brillante lucero
que en el cielo se aparece,*

*le pregunto muchas veces:
decidme, estrellas del cielo.*

*Pregunto al sol con su marcha
por ver si me da noticia
si del cielo se divisa
alguna nave gallarda
donde navega mi alma,
mi tesoro y mi alegría,
con quien yo me divertia
con muchísima afición;
pregunto con atención:
¿dónde está la prenda mia?*

Dime tú, clavel precioso,

sol y luna sin menguante,
dale consuelo á un amante
ya que no le hagas dichoso:
te pregunto, sol hermoso,
que iluminas con tus rayos
los mares, montes y prados
y todo el mundo tambien,
le pregunto por mi bien,
que la busco y no la hallo.

Al fin yo lloro y suspiro
porque á mi amante no veo,
ni en fragata, ni en correos
dan noticia del bien mio;
ya vinieron los navíos
que fueron á la Turquía:
en mí no cabe alegría
porque siempre estoy pensando
y siempre vivo penando
todas las horas del dia.

*Estar ausente es morir
para quien sabe querer;
será imposible vivir
si nunca mas te he de ver.*

Noche y dia en mi retiro
las horas paso llorando,
pues en tí, mi bien, pensando,
tan solo por tí deliro:
á la una es un suspiro
para quien sabe querer;
á las dos no sé qué hacer,
y á las tres no hallo consuelo,
porque entre tanto desvelo
estar ausente es morir.

A las cuatro, ¡dura suerte!
son los rigores de amor;
á las cinco ya el dolor
me lleva casi á la muerte;
á las seis quisiera verte,
y como no puede ser,
al instante el padecer
dobla y redobla mi pena;
¡cuánto pesa esta cadena

para quien sabe querer!

A las siete mi ilusion
me hace repetir enojos;
entonces vierten mis ojos
lágrimas del corazon;
á las ocho mi pasion
renace para sufrir;
á las nueve resistir
no puedo tanta amargura,
y si esta suerte me dura,
será imposible vivir.

A las diez vuelvo otra vez
á tenerte mas presente
en la memoria; aunque ausente,
te adoro, bella mujer;
á las once ya no es
la ilusion ni puede ser;
á las doce el padecer
aumenta mas mi flaqueza:
yo he de morir de tristeza
si nunca mas te he de ver.

*Tiempo há que no te veo,
dulce dueño de mi encanto:
¡hasta cuándo, cielo santo,
será amarte mi deseo!*

Patria mia esclarecida,
á quien siempre vivo amando,
¡cómo te estoy extrañando
en esta ausencia crecida!
Ámada prenda querida,
dulce imán de mi recreo,
de mis delicias deseo,
centro de mi corazon,
agradable poblacion,
tiempo há que no te veo.

Desde el punto que salí
de este divino vergel,
todo se me ha vuelto hiel
en mi amante frenesí;
cuando me acuerdo de tí
padezco un fiero quebranto,
á todos les causo espanto

de ver tormento tan fuerte;
deseos tengo de verte,
dulce dueño de mi encanto.

Tal es mi desasosiego
en este fiero retiro,
que hasta en el dormir suspiro;
de pena y llanto me anego;
con las lágrimas que riego
se puede ablandar un canto;
tanto es mi tormento, tanto,
que mi fortaleza cede;
¡qué es esto que me sucedel
¡hasta cuándo, cielo santo!

El que no ha tenido ausencia
ignora lo que es dolor,
y el que no ha tenido amor
ignora lo que es dolencia;
pero yo, por consecuencia,
ambos extremos poseo,
crueldades y desvelos
mil ausencias y aflicciones,
porque con justas razones
será amarte mi deseo.

*¡Qué corazón de diamante
no se dejara labrar
de un tan fino suspirar
y de un amor tan constante!*

¡Quién como yo te ha querido!
¡quién como yo te ha adorado!
¡y qué mal que me has pagado!
mi amor no has agradecido;
¡oh, quién no hubiera nacido!
¡oh, qué amor tan incesante!
dame la muerte al instante;
¿qué, no te mueves, infiel?
¡oh, qué pecho tan cruel!
¡qué corazón de diamante!

¿No te he idolatrado yo?
¿no te he guardado firmeza?
dí, ¿por qué tanta dureza?
no me correspondes, no;
pues si tu amor se acabó

ya no tengo que esperar;
cruel te podré llamar
si no ablando tu hermosura,
que cual la peña mas dura,
¿no se dejará labrar?

Mi delirio fué el quererte
con mala suerte y no mas,
y con todo, yo jamás,
nunca podré aborrecerte;
¡ay de mí! que al ver tal suerte
la vida me ha de costar
ver que no puedo alcanzar
que te muevan mis pasiones,
ni te rindan las razones
de un tan fino suspirar.

En fin, muero á tu desden
cavilando noche y día;
muero por tu tiranía
y rigor de tu vaiven;
cese ya esto, mi bien
por quien te adora anhelante;
dale la vida á este amante,
y dale tu fe, confiada
de pasión tan acendrada
y de un amor tan constante.

*Ya nos divide la suerte,
despidámonos los dos;
adios, dueño de mi vida,
hermoso lucero, adios.*

En raudal los ojos míos
hagan un profundo mar,
y acompañenme á llorar
las peñas, troncos y ríos;
se acaban los gustos míos,
¡oh qué martirio tan fuerte!
ya los lazos de la muerte
me apartan de tu hermosura,
y para mas desventura,
ya nos divide la suerte.

No hay martirio mas cruel
ni pena mas incesante
que el dividir dos amantes

la ausencia con su poder;
esto es mas que padecer:
¿qué haré yo, mi bien, sin tí?
llamaré al Cupido dios;
ya que tanto padecemos,
lloremos, mi bien, lloremos,
despidámonos los dos.

Cual verdugo es el querer,
y el amor es una fiera;
solo la muerte pudiera
acabar mi padecer:
¡válgame Dios, qué he de hacer!
ciego sin la luz del día,
ya se acabó mi alegría,

como tambien mi consuelo,
adios, adorado cielo,
adios, dueño de mi vida.

En fin, yo he de suplicarte.
y como amante, te pido
que no me echés en olvido,
yo jamás he de dejarte,
si llegas á separarte,
¡oh qué pena tan atroz!
y si te apartas veloz
y con tanta tiranía,
te digo: adios, vida mia,
hermoso lucero, adios.

TROVO.

*Un corazon con corona
traigo para coronarte,
y tambien traigo dos flechas
para herirte y no matarte.*

Mi rendimiento perdona;
mi fiel pecho y fina alma
le presentó á tu persona
de olivo, laurel y palma
un corazon con corona.

Desde que empecé á escucharte
en este afecto confieso,
dueño mio, he de aclamarte,

y la corona por eso
traigo para coronarte.

Si esta corona desechas,
otras prevenidas tengo,
todas con primores hechas;
á todo dispuesto vengo
y tambien traigo dos flechas.

¿De qué tienes que asustarte,
dueño de mi corazon?
cinco son para explicarte
las penas del corazon,
para herirte y no matarte.

MADRID.

Deanacho de Marés y Compañía, Juanelo, 19.

Ayuntamiento de Madrid